

capitán de mercenarios que tomó parte en todas las batallas libradas durante los reinados de Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, y que se gloriaba de haber herido y casi apresado á Carlos VIII. Este poema fué publicado por C. STHAS en sus HELLENIKA ANECDOTA, t. I, Atenas, 1867.

LIBROS.—REINADO DE CARLOS VIII.—C. DE CHERRIER, *Histoire de Charles VIII*, París, 1868, 2 vol. en 8.º.—ROSMINI, *Dell' Istoria intorno alle militari imprese et alla vita di Gian-Jacopo Trivulzio*, Milán, 1815, 2 vol.—PH. VAN DER HAEGHEN, *Examen des droits de Charles VIII sur le royaume de Naples*, en la *Revue Historique*, Mayo 1885.—CHOTARD, *Charles VIII et l'expédition d'Italie*, según las cartas del rey y de su secretario Robertet, París, 1865, en 8.º.—H.-FR. DELABORDE, *L'expédition de Charles VIII en Italie*, París, 1888.—LUZIO Y RENIER, *Francesco Gonzaga alla battaglia di Fornovo*, 1495, Florencia, 1890.—L. BELTRAMI, *Il castello di Milano sotto il dominio degli Sforza*, 1460-1535, Milán, 1885.—F. CALVI, *Bianca-Maria, Sforza-Visconti, regina dei Romani e gli ambasciatori di Ludovico il Moro alla Corte Cesarea, secondo nuovi documenti*, Milán, 1888.—L. G. PÉLISSIER, *Les amies de Ludovic Sforza et leur rôle en 1498-1499*, en la *Revue Historique de Enero de 1892*.—A. LEONETTI, *Papa Alessandro VI secondo documenti é*

carteggi del tempo, Bologna, 1880.—L. THUASNE, *Djem-Sultan (1459-1495)*, París, 1892.

REINADO DE LUIS XII.—DE MAULDE-LA-CLAVIÈRE, *Histoire de Louis XII*, parte 1, 3 vol., 1892.—R. DE MAULDE, *La mère de Louis XII, Marie de Clèves, duchesse d'Orléans*, en la *Revue Historique de Enero de 1883*, *Jeanne de France, duchesse d'Orléans*, París, 1883, en 8.º.—HAYEMANN, *Gesch. der italienischen-französischen Kriege von 1496 bis 1518*, Göttingue, 1835, 2 vol. en 8.º.—BUSER, *Die Beziehungen der Mediceer zu Frankreich*, Gotha, 1879.—FILIPPI, *Il convegno in Savona tra Luigi XII et Ferdinando il Cattolico*, Savona, 1890, y *Ancora del convegno di Savona*, Savona, 1891.—L. PÉLISSIER, *La politique du marquis de Mantoue pendant la lutte de Louis XII et de Ludovic Sforza (1498-1500)*, en los *Ann. de la Fac. des lettres de Bordeaux*, 1892.—GOZZADINI, *Di alcuni avvenimenti in Bologna e nell' Emilia dal 1506 al 1511*, Bologna, 1886.—FORNONI, *Bergamo e la Lega di Cambray*, Bergamo, 1889.—L. DE VILLENEUVE, *Recherches sur la famille Della Rovere*, Roma, 1837.—FR. MITTI, *Leone X e la sua politica*, Florencia, 1893.—W. GISI, *Der Antheil der Eidgenossen an der europ. Politik in den Jahren 1512-1516*, Schaffouse, 1866.—FRAKNOI, *Ungarn und die Liga von Cambray*, Pesth, 1883.



CAPÍTULO III

LAS GUERRAS DE ITALIA

SEGUNDA PARTE

FRANCISCO I, ENRIQUE II, CARLOS V

(1515-1559)

I.—Hasta la elección imperial de 1519

FRANCISCO I. LA CORTE DE FRANCIA.—El reinado de Francisco I señala la época del primer conflicto importante entre las casas de Francia y de Austria. Sin embargo, este reinado empezó en plena aventura italiana. Los mismos errores políticos que habían ofuscado á Carlos VIII y á Luis XII, extraviaron á Francisco I á su advenimiento al trono. La subordinación de los intereses de Francia á las pretensiones hereditarias del rey sobre Nápoles y Milán, y la quimérica pretensión de la corona imperial, fueron los rasgos comunes del reinado de Francisco I y de sus predecesores. Además, una inclinación más fuerte y más noble que las ambiciones de éstos debió impulsar siempre á Francisco I, entusiasta de las letras y de las bellas artes, hacia la Italia del Renacimiento.

Francisco I contaba veinte años de edad cuando heredó la corona de su primo Luis XII, como último representante de la

familia de Valois-Orleans (1.º de Enero de 1515). Su abuelo, Juan, conde de Angulema, era el hijo menor de Luis de Orleans, hermano de Carlos VI. Francisco I reproduce, tanto por sus cualidades como por sus defectos, más fielmente que otro príncipe cualquiera de aquella familia la imagen del brillante fundador de la casa. De elevada estatura é intenso vigor físico, tenía el rostro hermoso y simpático, una amable sonrisa y una elocuencia insinuante con gran aspecto de sinceridad. La cortesía, el valor y las demás cualidades caballerescas, tan apreciadas en los príncipes de su tiempo, eran naturales en él, habiéndolas desarrollado la educación. Apartado de la corte por la envidia de Ana de Bretaña, vivió en el castillo de Amboise, siendo desde niño excelente jinete é incansable cazador. No obstante, influyó desfavorablemente sobre su desarrollo mental, pues creció en un reducido círculo de fanáticas abnegaciones y ciegas ternuras. Su madre, Luisa de Saboya, se consolaba de una existencia hasta entonces triste y

mezquina, pensando que había dado un soberano á Francia. Hablando de su hijo desbordábase su orgullo tanto como su amor maternal; le llamaba «su rey, su señor, su César». No menos exaltado era el afecto que por Francisco sentía su hermana mayor, Margarita de Valois, que fué desde su juventud una de las celebridades literarias de su siglo. Francisco I creció como un niño mimado, sin que nadie ejerciera autoridad sobre él, ni siquiera para obligarle á que se aplicara al estudio. Acostumbróse á vivir alegremente y sin preocuparse de nada. El embajador veneciano Marino Cavalli decía hablando del rey de Francia, ya anciano: «Aunque su cuerpo soporta fácilmente toda clase de ejercicios, no quiere atormentar su espíritu reflexionando con exceso.» Francisco I, más atento á la representación que al fondo en el arte de reinar, realizó el ideal que se proponía: ser un rey hidalgo. «He aquí mi principal título—dijo á los nobles reunidos en 1529—y el que prefiero.» La experiencia no logró corregir los defectos de la primera educación. Aun teniendo una extensa cultura y extraordinaria perspicacia, nunca fué perseverante. En su reinado todo se hizo «á sacudidas». (Voltaire.)

Subió al trono rodeado de cortesanos jóvenes, ávidos de dignidades y de gloria militar, que habían sido los compañeros en sus juegos caballerescos: Anne, señor de Rochepot, á quien la muerte de su hermano mayor erigió en jefe de la gran familia de Montmorency; Felipe Chabot de Brion, Roberto de la Marck, más adelante mariscal de Fleuranges, que firmó sus memorias con el seudónimo de *El Aventurero*. Todos aquellos amigos y contemporáneos del rey debían elevarse, en cierto modo, al mismo tiempo que él. Pero mientras aguardaban que la edad les permitiese dirigir el Estado, Luisa de Saboya se encargó de constituir con sus propios servidores el nuevo gobierno de su hijo. Nombróse canceller á Antonio Duprat, preceptor de Francisco I, y jefe superior de palacio á Arturo Goufier de Boisy, ex ayo del rey. No se olvidó á los parientes de la casa real, que empezaron por ocupar los altos cargos militares. La vacante de condestable fué adjudicada á Carlos, duque de

Borbón, y á su primo el conde de Vendôme se le dió el gobierno de la Isla de Francia. La Palice, veterano capitán de las guerras de Italia, ascendió á mariscal. Pero Francisco I no tardó en preferir jefes más jóvenes, como el mariscal de Lautrec, primo de Gastón de Foix y hermano de la señora de Etampes, y Guillermo Goufier, señor de Bonnivét, después honrado con el título de almirante.

En los comienzos de su reinado, Francisco I no pareció preocuparse más que de las negociaciones con los reyes de España é Inglaterra, pero aquellas pacíficas gestiones no llegaron á feliz término por el convenio firmado entre Francia y la casa de Albret para recobrar por completo á Navarra contra el reino de Castilla, y por la alianza con Venecia para la conquista común del Milanésado.

Simultáneamente se activaban los grandes preparativos militares emprendidos por Luis XII, con el pretexto de defender el reino contra los suizos. Éstos tomaron la ofensiva, y apoderándose de las fortalezas del Piamonte, cerraron los caminos de Italia por donde solían dirigirse los franceses. Esta táctica agresiva obedecía á los consejos de Matías Schinner, cardenal de Sión, uno de los últimos supervivientes de aquella raza de prelados belicosos formada en la escuela del papa Julio II. Era habilísimo para reclutar montañeses suizos, paisanos suyos, y llevarles á la vanguardia del ejército Pontificio. Tal era la misión que realizaba en 1515, ya que la liga formada por el emperador, los españoles y los suizos para la defensa de Italia, se proponía servir á la ambición personal del Sumo Pontífice León X, tanto como sostener á Maximiliano Sforza en su ducado de Milán. Gracias á ella, pudo León X erigir las ciudades de Parma y Placenza en principado independiente para su hermano Julián de Médicis. En medio de las heterogéneas tropas facilitadas por España, Roma y Florencia, y mandadas por generales que desconfiaban unos de otros, los suizos alistados por el cardenal de Sión é impuestos al duque de Milán como defensores, iban á ser los principales enemigos de los franceses. Su número y las fuertes posiciones que ha-

bían tomado pusieron en grave aprieto á Francisco I, que viendo cerrarse ante él los pasos más fáciles de los Alpes vaciló algún tiempo, y luego se decidió por el desfiladero de la Argentiére. Ningún jinete había-se atrevido hasta entonces á franquear tan angosta garganta, por lo que era necesario abrir el camino. Afortunadamente, los franceses llevaban consigo á un capitán español á quien no había rescatado el rey Fernando después de la batalla de Rávena. Pedro Navarro, indignado por la indiferencia de su señor, aceptó las proposiciones de Francisco I, poniéndose al frente de los aventureros gascones y de los obreros, que abrieron una carretera entre rocas y precipicios. La artillería fué transportada á brazos. En cinco días la vanguardia pudo bajar á las llanuras del Piamonte. Francisco I se encontró inmediatamente dueño del ducado



Francisco I, por Clouet

de Saboya, y la república de Génova le reconoció como señor. Los suizos, retrocediendo ante el ejército francés sin poderle disputar siquiera la frontera del Milanésado, firmaron con Francisco I una paz lucrativa, ya que no honrosa, y en cuya virtud cobrarían al punto 150.000 escudos, cantidad facilitada por los señores franceses más ricos. Lautrec, con escasa escolta, se dispuso á invadir el campo enemigo. El cardenal de Sión, que era el único partidario de la lucha, arengó á sus compatriotas invitándoles á

rechazar todo acuerdo. El rey apenas se encontraba á una jornada de Milán, donde esperaba entrar al día siguiente. Mandó detener á su ejército á corta distancia de Marignán, en una meseta rodeada de pantanos y sólo accesible por tres diques, á través de los cuales cruzaban los caminos. Los suizos se precipitaron pica en ristre sobre el frente del ejército francés, donde estaba la artillería que disparaba contra los diques, y se apoderaron de cuatro cañones. Mientras los franceses les disputaban estas piezas, la noche interrumpió el combate.

Se trabó entonces una confusa pelea de hombres de armas franceses aislados en medio de los grupos de suizos. Bayardo, arrastrado por su caballo entre el núcleo más fuerte de sus enemigos, debió la salvación á la obscuridad; el rey Francisco pasó la noche á cincuenta pasos del

enemigo con la cabeza apoyada en una cuña. Al día siguiente (14 de Septiembre de 1515), los franceses modificaron su orden de batalla, alineándose en tres cuerpos para hacer frente á los tres ataques de los suizos. El rey, en el centro, con la mayor parte de su artillería, sostuvo el asalto principal; á la izquierda fueron dispersas las tropas del duque de Alençon; á la derecha, Borbón venció á fuerza de valentía y habilidad. Entonces el grito de guerra de los venecianos ¡Marco, Marco! resonó sobre el flanco del ala

suiza. Después de dar una furiosa carga, que fué la última, los suizos, todavía amenazadores, replegaron sobre Milán, pero inmediatamente evacuaron la ciudad, dejando á Maximiliano Sforza á merced del rey. El duque de Milán marchó á Francia á vivir pacíficamente, mientras que Francisco I dejaba al condestable de Borbón como gobernador del Milanésado.

Ninguna victoria ha sido el prólogo más brillante de un reinado. En aquella batalla se vió por primera vez á los suizos (vencedores de todos los príncipes desde Carlos el Temerario) huir delante de un rey. La admiración que les inspiró su vencedor facilitó la conclusión de un nuevo acuerdo, en virtud del cual el rey de Francia se comprometió á alistar con regularidad mercenarios suizos para su servicio mediante 700.000 escudos pagados á los cantones. Este tratado estuvo en vigor hasta la Revolución francesa; por eso se le conoce con el nombre de *Paz Perpetua* (29 de Noviembre de 1516).

FRANCISCO I Y LEÓN X EN BOLONIA.—Ya hemos dicho la enorme emoción que la noticia de la batalla de Marignan produjo en Roma. Según los despachos recibidos el primer día, la guardia suiza del Vaticano, creyendo en el triunfo de sus compatriotas, insultó al embajador de Venecia cuando salía de una audiencia pontificia. Al día siguiente, el mismo embajador visitó muy temprano al papa, despertándole para comunicarle la victoria de los franceses y de sus aliados los venecianos. El papa resolvió entonces aliarse con el rey de Francia. Después de un viaje, al cual supo dar las apariencias de un triunfo, León X se avistó con Francisco I en Bolonia (Diciembre de 1515).

La turbulencia de los franceses perturbó el magnífico ceremonial de la solemne entrevista, á la cual debían asistir por una parte los cardenales y por otra los principales oficiales de Francisco I. Algunos veteranos de las guerras de Italia, que habían peleado valientemente contra Julio II, pedían al papa su bendición y la absolución por sus hazañas. León X soportó con dulce serenidad todas las contrariedades. Esperaba recobrar por medio de la diplomacia una parte de las ventajas que los lances de guerra amenaza-

ban arrebatarse. El principal resultado de la conferencia de Bolonia debía ser el acuerdo entre el rey y el papa para el gobierno de la Iglesia de Francia (1).

En el Tratado político que precedió al Concordato de Bolonia, el papa logró dejar á salvo el equilibrio italiano. León X devolvió al Milanésado las ciudades de Parma y Piacenza, pero hizo que se garantizara á sus parientes los Médicis el dominio de Florencia y que Francisco I se abstuviera de intentar nada contra el reino de Nápoles.

Poco después, el rey confirmó con otras negociaciones la supremacía que sus armas le habían conquistado en la Península. El archiduque Carlos de Austria, renovando en Noyon su promesa de casarse con una princesa de Francia, aceptó como dote la parte del reino de Nápoles pretendida por Francisco I. El emperador Maximiliano acababa de fracasar en una tentativa para recobrar á Milán, y su nieto le convenció fácilmente de la conveniencia de restituir á la República de Venecia, mediante el pago de 200.000 ducados, la ciudad de Verona que ocupaba desde las primeras victorias de la Santa Liga. El emperador cedía sus posesiones de Italia en favor de Francia.

CARLOS DE AUSTRIA: SU FAMILIA, SU HERENCIA.—No tan estruendosos, pero más seguros, eran por la misma época los primeros pasos del futuro rival de Francisco I.

Dijérase que la Naturaleza había predisuesto á Carlos de Austria para los progresos lentos. Primer hijo de Felipe de Borgoña y de Juana la Loca, Carlos se parecía mucho, así en lo físico como en lo moral, á su infortunada madre. De estatura mediana, era pálida su tez, su frente amplia y despejada é imperiosa su mirada. Sus ojos azules denotaban á la vez reflexión y melancolía. El labio inferior, ancho y grueso, sobresalía del superior. Esta prominencia de la parte inferior de la cara, que le hacía tartamudear algo, ha seguido siendo un rasgo hereditario de los príncipes de la casa de Austria. Su desarrollo fué difícil y tardío, sufriendo al final de él graves crisis nerviosas, acompañadas de violentas convulsiones. No disfrutó

(1) Véase el capítulo IV.

de la plenitud de su vigor hasta después de ceñir todas sus coronas. Á pesar de la débil complexión de su juventud, adquirió presto una rara destreza en todos los ejercicios corporales. Primero se distinguió en los torneos, y luego, para agradar á los españoles, lanceó y mató toros. Excelente jinete, causaba la admiración de sus soldados, que decían que por haber nacido rey, había hecho perder el mejor soldado de caballería ligera del siglo. Ciertamente es que se abstuvo de intervenir en los combates librados durante la primera

parte de su reinado, pues el cuidado de la administración de sus vastos Estados le obligaba á llevar una vida sedentaria y casi retirada. Además, como siempre tenía un apetito voraz, no tardó en enfermar de la gota, cuyos primeros ataques sintió á los treinta años. Á los cuarenta, cualquier movimiento le producía dolores. No obstante, en aquella época fué cuando, como verdadero rey pa-

ladín, emprendió dos cruzadas á África, exponiéndose ante los muros de Túnez hasta el extremo de que el marqués de Guast, que mandaba el ejército, le obligó á retirarse de la vanguardia. La educación y la continua estancia en los Países Bajos durante los años de su adolescencia, acostumbraron á Carlos de Austria á considerarse como el heredero de Carlos el Temerario. Hablaba correctamente casi todos los idiomas de sus diferentes súbditos, prefiriendo el francés valón, del que se sirvió casi siempre, aun á fines de su vida. En 1526, cuando quiso apoderarse de Borgoña, reclamó la provincia cuyo nombre y armas ostentaba. Pero los rasgos del carác-

ter español que había heredado de su madre, se acentuaron á medida que permaneció más tiempo en España. El embajador veneciano Marino Cavalli dice que agradaba á los flamencos y borgoñeses por su benevolencia y familiaridad, á los italianos por su ingenio y prudencia, y á los españoles por su severidad y por el esplendor de su gloria. Solamente con los alemanes no se pudo identificar nunca: hablaba mal su idioma y los alejaba con su frialdad. No hizo más que siete viajes á Alemania, y hasta sus últimos años no pasó algún tiempo en aquel país.

Carlos V, espíritu frío y perfectamente lúcido, intentaba pocas veces anticiparse á los acontecimientos. «Vacila—dice un italiano—hasta que ve las cosas en peligro.» Reflexionaba detenidamente y exponía por escrito sus razones en pro ó en contra. También oía las opiniones de sus consejeros. En fin, maduraba tanto sus resolu-

ciones que, cuando las anunciaba, nunca se volvía atrás. Sin embargo, la prudencia política no siempre logró reprimir la explosión de súbitas iras, que se desbordaban en tremendas bravatas, en frases violentas, como los retos dirigidos á Francisco I después de la denuncia del tratado de Madrid y en la Asamblea de Bolonia. Llegado á la mayor edad, supo imprimir á todos sus actos políticos la señal de su voluntad. Después de la muerte del conde de Croy, que había sido para él una especie de tutor, nunca tuvo primer ministro, pero siguió otorgando su confianza á los consejeros á quienes había distinguido, como á Antonio Gattinara y al canciller Granvela, que jamás se separaron del monarca.



Medallón de Francisco I en la fachada del castillo de Sansac

Carlos V encontró muy valiosos auxiliares en los príncipes y princesas de su familia. Su tía Margarita de Borgoña gobernó los Países Bajos cuando él los dejó, dirigiendo en más de una ocasión sus negociaciones con Enrique VIII y Francisco I. Su hermana mayor Leonor pasó del trono de Portugal al de Francia, y su hermano Fernando le sirvió de regente en Alemania. Sus dos hermanas menores, María, que compartió el trono de Hungría con el último Jogellón, y Catalina, que también fué reina de Portugal, contribuyeron á extender su influencia. No obstante, Carlos V quería reservarse

todas las herencias de las cuatro casas reales cuyos continuadores habían de ser los príncipes austriacos. Por su padre Felipe de Borgoña recogía la sucesión de Carlos el Temerario, los Países Bajos y el Franco-Condado, al cual se proponía añadir el ducado francés de Borgoña. Su abuelo Maxi-

miliano de Austria apenas poseía más que el Tirol, pero la corona imperial que ceñía con cierta popularidad después de su padre y de su abuelo, parecía entrar poco á poco en su patrimonio. Por parte de su madre, que reunió en su persona las dos casas reales de Castilla y de Aragón, la muerte había abierto el camino á Carlos: una sombría tragedia de familia había de adelantar el instante en que, con su advenimiento, se llevara á cabo la unidad de España. Después de un cautiverio que duró cuarenta y siete años (1506-1553) falleció la madre de Carlos, único obstáculo que podía retrasar que ocupara el trono de España.

TRATADO DE NOYÓN.—Huérfano de padre y madre á los seis años de edad (1506), Carlos fué educado únicamente por su preceptor



Infancia de Carlos V (Cuadro de Hammar)

Adriano, Obispo de Utrecht, y por Guillermo de Chievres, conde de Croy. Éste había sido por primera vez regente de los Países Bajos durante una ausencia de Felipe de Borgoña, y gracias al ascendiente que adquirió sobre su discípulo, fué el verdadero rey de aquellas provincias. Atento sólo al interés de Flandes, se esforzó por conservar la paz con Francia é Inglaterra. Así no vaciló, al advenimiento de Francisco I, en enviar una embajada en nombre de su pupilo para prestar el pleito homenaje que la corona de Francia tenía derecho á exigir del poseedor de Flandes y de Artois. Cuando

la muerte de Fernando el Católico llamó á Carlos de Austria al trono de España, el poderoso consejero procuró principalmente alejar de Flandes toda amenaza de guerra, y no consideró excesivo ningún sacrificio para asegurar á su joven señor un pacífico acceso á su nuevo reino. El

conde de Croy conferenció con Arturo de Boisy, gran maestro de Francia, acordándose por el tratado de Noyón (13 de Agosto de 1516) el matrimonio de Carlos con una princesa francesa y prometiéndose una indemnización á la casa de Albret, despojada de la mayor parte del reino de Navarra por Fernando el Católico.

El tratado de Noyón desagradó á los españoles tanto como el séquito flamenco que acompañaba á Carlos. Los belgas no ocultaban su designio de tratar á la Península como ésta trataba á sus colonias de las Indias. El cardenal Jiménez de Cisneros obligó al obispo extranjero Adriano de Utrecht, nombrado único regente por Carlos, á compartir la autoridad con él, desempeñando hasta su muerte tal cargo en Castilla. Ya

veremos más adelante (1) cómo el reinado personal de Carlos en España empezó por la insurrección de los *Comuneros* (1520-1521).

Reprimido el levantamiento de las *Comunidades*, Carlos organizó verdaderamente su gobierno imperial. El conde de Chièvres había muerto durante la dieta de Worms. El rey, libre ya de toda tutela, lo sustituyó con un Consejo donde todos los Estados tenían representación.

Sicilia, Nápoles, Milán, los Países Bajos, Aragón y Castilla le enviaban su regente particular. Primero Gattinara y luego Granvela, solían presidir aquella asamblea.

LA ELECCIÓN IMPERIAL.—Francisco I no limitaba su ambición á poseer extensos dominios en Italia: necesitaba la hegemonía de la cristiandad y el mando de una cruzada universal contra los turcos. Para llevar á cabo esta empresa, necesitaba ser emperador.

Antes de que se tratara de la elección imperial, desde el verano de 1517, el rey de Francia sondeaba á los Electores alemanes. En primer término, se dirigió á la poderosa casa de Hohenzollern, cuyas diferentes ramas reunidas poseían próximamente la mitad de las tierras germánicas. Por aquel entonces, tan invasora familia disponía de dos electores. El margrave Joaquín de Brandeburgo fué el primero que vendió su voto á Francia; y su hermano Alberto, arzobispo de

Maguncia, obispo de Halberstadt y de Magdeburgo, entabló por mediación de Ulrico de Hutten una negociación llena de doblez. Maximiliano conoció los manejos del rey de Francia, y para burlarlos convocó á los Electores en Augsburgo (Agosto de 1518). El anciano emperador arrancó á su económico nieto 600.000 florines.

Francisco I experimentó con los votos

electorales una pérdida harto sensible para los verdaderos intereses franceses, enagenándose la amistad del hombre que más le podía servir para trastornar á Alemania. Frantz de Sickingen, jefe de los caballeros-bandidos que, desde su castillo de Ebernburgo, cerca de Kreuznach, sembraba el terror en las orillas del Rin, había hecho á Francisco I varias demostraciones de celo, aconsejándole que procurara atraerse á la nobleza secunda-

ria mejor que á los Electores. Además del eficaz apoyo del caballero-bandido, Francisco I creía poder contar también con la ayuda de los duques de Lorena, Clèves y Juliers. Así bosquejó una especie de liga del Rin que habría sido el triunfo de sus intrigas electorales si hubiera podido sostenerla. Desgraciadamente, Frantz se buscó una carta de crédito contra ciertos mercaderes milaneses, y la cobró, según su costumbre, á mano armada. Este desafuero le privó del favor del rey de Francia, haciéndole abrazar la causa de Carlos de Austria.



Seys.—El juramento de Joyeuse. Carlos de Austria, futuro emperador Carlos V (Museo de Bruselas)

(1) Véase el capítulo IX ESPAÑA.

La muerte de Maximiliano (12 de Enero de 1519) desconcertó á los Electores que ya se habían pronunciado á su favor. El emperador falleció antes de que hubiera podido cumplir sus promesas pecuniarias. Francisco declaró que se hallaba dispuesto á gastar tres millones en la elección y volvió á tener mayoría. El Papa León X, que entonces apoyaba sinceramente al rey de Francia, le prefería á Carlos por ser más apto para acaudillar la cruzada, y porque un emperador duque de Milán era menos peligroso para la Santa Sede que un emperador rey de Nápoles. Una bula de León X prometió á los dos Electores de Tréveris y de Colonia el capelo de cardenal si hacían elegir al rey de Francia.

Poco faltó para que retrocediera la política casa de Austria, aterrada por golpes tan violentos. El rey Carlos, en medio de sus desalentadas huestes, fué el único partidario de que se continuara luchando, y abrió de nuevo en Alemania el mercado de conciencias. Su enviado, el vehemente Armerstorff, compraba y maltrataba alternativamente á los Electores. El arzobispo de Maguncia, que vendió cinco veces su voto, tornó á aliarse con los franceses por ciertos espléndidos y artísticos presentes con los cuales quería embellecer los palacios, pues sólo ambicionaba transformar á Maguncia en una Roma germánica. Este prelado se pasó más tarde al bando de los austriacos á consecuencia de una puja de 20.000 florines, y por último pareció volver definitivamente al campo francés para obtener del papa el título de legado perpetuo en Alemania. «Me avergüenza su desvergüenza», escribía Armerstorff. Luis, conde palatino—el Pilatos palatino—se vendió casi tantas veces como el arzobispo de Maguncia. Los representantes de Francisco, autorizados á derrochar el dinero á manos llenas, convencieron á los Electores, á los cuales apoyarían varios ejércitos destinados á ejercer presión sobre el pueblo alemán; el duque Ulrico de Wurtemberg, peligroso aliado de Francisco I, disponíase á asolar á Suabia, cuando estalló un verdadero movimiento de antipatía nacional entre las filas de la nobleza secundaria. Los de las orillas del Rin amenazaron á los

Electores con «hacer todo lo posible contra la elección de Francisco I, auxiliados por todos aquellos que en Alemania no querían ser franceses». En la Alemania del Sur, los caballeros de la liga de Suabia, mandados por Sickingen, expulsaron del territorio al conde Ulrico de Wurtemberg. Los Fugger, banqueros de Augsburgo, no facilitaban fondos más que para sufragar los gastos de la elección de Carlos, y negaban todo anticipo á Francisco I. En aquel momento se presentó un tercer contrincante: hemos nombrado á Enrique VIII, que tenía en la dieta un embajador habilísimo llamado Ricardo Pace, que hablaba á los Electores de las pretensiones de su amo, pero sin justificarlas con liberalidades comparables con las de Francisco y Carlos. No obstante, el papa demostraba sus simpatías por Enrique VIII, cuando éste, descubriendo su verdadera política, encargó á su enviado que se opusiera por todos los medios posibles á la elección de Francisco I. La opinión exigía á la dieta que eligiera un emperador germánico.

El mismo Francisco I se resignó á esta imposición siempre que el príncipe alemán no perteneciese á la casa de Austria. Era preciso emplear el influjo adquirido sobre los Electores para que uno de ellos ocupara el solio imperial. Desgraciadamente, «aquella solución no podía ser más que un mal menor». (Mignet). Propuesto el margrave Joaquín, nadie tomó en serio su candidatura. Federico el Prudente, duque de Sajonia, tenía más probabilidades de éxito. Había gobernado durante el interregno como vicario del imperio, sin aceptar más dinero que el necesario para pagar la mitad de sus deudas. Su rara integridad y la protección que concedía á Lutero, hicieronle popular. Pero se mostró pusilánime, y fué uno de los primeros en aconsejar la elección de Carlos. El elector de Maguncia invocó razones decisivas en favor de Habsburgo: entre otras, su poderío superior al de cualquier otro príncipe germánico, indispensable para rechazar á los turcos; su origen alemán, y la libertad que su alejamiento había de dar á los soberanos del imperio, «mientras que Francisco I gobierna brutalmente á su pueblo, y su cetro es muy pesado para sus súbditos». El temor

á la invasión turca y la adhesión á las libertades germánicas, contribuyeron en último término á la elección del rey de España, con el nombre de Carlos V (28 de Junio de 1519).

II.—Hasta la coronación en Bolonia

CAMPO DE LA TELA DE ORO. DIETA DE WORMS.—Francisco I juzgaba los designios de su afortunado rival por lo que él habría sustentado si le hubieran elegido emperador. Comprendió que Carlos V dirigiría su principal es-

fuerzo contra Francia, procurando desmembrarla para reunir sus estados dispersos. El monarca francés, cercado en todas sus fronteras por un círculo de países hostiles, y obligado á luchar por doquier, solicitó la poderosa alianza del rey de



El juramento de Carlos V en Amberes (Cuadro de Van der Ouderaa)

Inglaterra. Lo mismo se le había ocurrido á Carlos V, que no vaciló en llevar á cabo las oportunas gestiones para lograr sus propósitos. Cruzando el Océano, desde España hasta los Países Bajos, cuando se encaminaba á Alemania para recibir la corona imperial, Carlos se detuvo en Dover, donde permaneció tres días conferenciando con Enrique VIII. Muy al contrario, Francisco I invitó al rey de Inglaterra que pasara al Continente, verificándose la entrevista cerca de Calais. En Junio de 1520, la llanura que se extiende entre Guines y Ardres se cubrió de magníficas tiendas y pabellones, por lo cual se ha denominado á aquellas negociaciones del «Campo de la tela de oro». Los dos reyes y su nobleza rivalizaron en fas-

tuosidad, cortesía y destreza en los juegos caballerescos, pero ni unos ni otros descuidaban las precauciones inspiradas por la desconfianza y la envidia. Inútil fué que Francisco I, con su seductor agrado, infringiera varias veces la severa etiqueta que regulaba las relaciones entre ambas cortes, y acudiese personalmente en busca de Enrique VIII para conversar con toda libertad con él. No alcanzó ningún tratado, ninguna promesa decisiva. Apenas Enrique VIII regresó á Calais, pactó con Carlos V. Así lo

había querido el cardenal Wolsey, omnipotente ministro de Inglaterra, á quien el emperador prometió el papado.

Los nuevos súbditos de Carlos V le aguardaron un año entero. Hasta el 23 de Octubre de 1520 no se coronó en Aquisgrán; y el 27 de Enero de 1521 se presentó á los alemanes en

la dieta de Worms. El emperador y el pueblo no se comprendieron en aquella primera y breve entrevista. Ante una muchedumbre turbulenta y un estado anárquico, Carlos afectó una majestad fría y muda, que prestó mayor relieve á la actividad é influjo del conde de Croy. Al morir, poco faltaba al ministro flamenco para ser tan impopular en Alemania como lo era en España. Carlos instituyó inmediatamente un consejo de regencia que pudiese dispensarle de residir en Germania. Exigió á los príncipes que negaban los 50.000 florines necesarios para el funcionamiento del nuevo gobierno, hombres y dinero para su coronación en Roma y para la conquista de Italia. Apenas puso atención en las contiendas religiosas que apasionaban